

Sobre el conocimiento y una identidad nacional ensanchada
Intertexto con Ruy Pérez Tamayo: *Ciencia, conocimiento e identidad nacional*¹

Pablo Carlevaro²

Introducción

Si nos atenemos a uno de sus significados –el que se aplica a la creación musical– la glosa es una variación sobre algo definido, que preexiste, pero sin sujetarse rígidamente a ello.

Adelanto, no obstante, que concuerdo básicamente con lo expuesto hace casi veinte años por un científico tan destacado y reconocido como lo es Ruy Pérez Tamayo (1991), pero me atrevo a expresar algunas consideraciones que están fuera del texto de referencia.

El tiempo transcurrido entre el artículo original y estos comentarios es escaso para que surjan cuestiones fundamentales a propósito de lo que son la percepción valorativa de la ciencia y del conocimiento –entre nosotros, latinoamericanos– y sus relaciones con la identidad nacional. Es casi innecesario aclarar que la expresión “**identidad nacional**” es pasible de ser generalizada –y ello además es deseable– a toda la **comarca latinoamericana** que, en tantísimos aspectos sigue siendo esencialmente una.

Todo lo dicho, sin dejar de apreciar el avance incesante y arrollador que la ciencia ha tenido en tan breve tiempo. Dicho avance es, por cierto, más fácilmente perceptible que el progreso social de nuestras sufridas patrias.

Es notorio, cada vez más, cómo aventajan el progreso científico y su ahijado el tecnológico, al progreso moral de la humanidad. Las lacras siguen existiendo para una autocrítica severísima e inflexible acerca del progreso de la humanidad contemporánea.

Si hasta ahora no se ha usado el poderío bélico tremendo que diversos estados han desarrollado merced al avance tecnológico, es triste pero sensato pensar que ha sido principalmente por el miedo que los usuarios tienen a sus consecuencias.

Con el correr del tiempo, **la ciencia le ha ganado espacio al dogma.**

Sus aportes –apreciados principalmente a través de los avances tecnológicos perceptibles en la vida cotidiana– le han dado prestigio social.

Los científicos actualmente se han vuelto inmunes al embate de los dignatarios y administradores supremos de las creencias religiosas.

Por el delito de indagar la verdad –cuestión lícita e inofensiva pero potencialmente revolucionaria y contradictoria de las creencias prevalentes– Galileo sufrió el tormento de la persecución inquisitoria del Vaticano y la ofensa absurda de una retractación compulsiva.

El dogma –incluyendo con el empleo del singular a todos los dogmas de cualquier origen y signo– ha sido siempre receloso del avance científico y, por tanto, del uso libre de la razón.

Con un tipo de poder no basado en la autoridad (de la iglesia o del estado) sino en el poder del dinero, existe una compulsión de naturaleza mercantil –aceptada por algunos investigadores científicos– para aplicar el conocimiento al servicio de la gran industria que lo emplea. Peor aún es el trabajo en la creación de armamentos y el aprovechamiento que tal industria hace de la ciencia. Cuánto tendrá que avanzar la conciencia moral de los investigadores para que digan: ¡no!

¹* Este artículo apareció en *Reencuentro* núm. 3: Universidad y producción de conocimientos, septiembre, 1991, pp. 6-11.

²** Militante estudiantil en la Universidad de Uruguay en los años 50 en la lucha por la autonomía y Ley Orgánica y posteriormente docente e investigador en modelos matemáticos aplicados en el área de la biofísica y la medicina. Durante 12 años Decano de la Facultad de Medicina electo y reelecto cinco veces, antes y después de la dictadura. En su exilio en Cuba fue director de investigaciones en el Centro de Cibernética Aplicada a la Medicina y secretario académico del 1er. Consejo Científico del Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana. En su exilio en México fue profesor de la UAM - Xochimilco. Impulsor en Uruguay de un plan de estudios médicos fuertemente renovador, que interrumpió la dictadura y prosiguió 12 años después de la misma. Impulsor y luego director, de un programa original, multisectorial, de proyección universitaria a la comunidad, que asocia la docencia con la extensión, conjuntando todas las funciones de la universidad. Dicho programa –radicado en el Cerro de Montevideo– se denomina APEX y continúa funcionando después de 16 años.

Provisionalidad del conocimiento

Un rasgo característico del conocimiento científico es su provisionalidad. Es el propio progreso de la ciencia quien cuestiona su validez. Según los casos, la niega, la modifica o la enriquece.

El conocimiento se aproxima a la realidad satisfactoriamente para la época en que ha sido elaborado. Todo pasa como si la realidad **pudiera ser** según lo propuesto, pero sólo hasta que se ponen en evidencia sus insuficiencias, desacuerdos y limitaciones.

Si imaginamos a la ciencia operando en la frontera entre lo que se conoce y lo que se ignora, el progreso del conocimiento va traspasando y ensanchando esa frontera.

El conocimiento adquirido habilita a problematizar el territorio de lo desconocido para poder generar conocimiento nuevo. Efectivamente, al conocer algo se advierte mejor lo que se ignora. Así se hace posible formular preguntas nuevas. Ello es imprescindible para seguir avanzando.

La creación científica da paso a un proceso autogenerativo continuo que la renueva permanentemente, pues al incrementar el conocimiento se visualiza cada vez con mayor nitidez lo que se ignora.

Una protesta acerca de taxonomías riesgosas

Otro aspecto al cual Pérez Tamayo presta especial atención es el relativo a la **clasificación** de la **ciencia** entre **pura** y **aplicada**. Con razón dice que a quien más preocupa este asunto es a los administradores, a los financieros y a “otros personajes que tienen que ver con los presupuestos asignados a la actividad científica”.

Muchas veces, de la clasificación de un proyecto y del clasificador dependen las prioridades que se le asignan y los correspondientes recursos presupuestales que le otorgan. La protesta de Pérez Tamayo en el sentido de que sean administradores –sin poseer suficiente conocimiento– quienes decidan y que sean “*criterios políticos, no científicos*” los que se aplican, es enteramente compartible y de plena vigencia.

También es válida su observación sobre la inexistencia de aplicación inmediata o predecible de los aportes de la ciencia pura. Con otra magnitud y perspectiva de la paciencia, a la vez que mayor atención a la calidad, todo conocimiento científico válido es, siempre, potencialmente aplicable.

No vale la pena construir una taxonomía del conocimiento científico porque algo tan abstracto y puro como el cálculo, fue creado con fines de aplicación y como herramienta para poder expresar ideas revolucionarias en la física de la época.

El acoplamiento entre ciencia y tecnología

Para ilustrar la relación contrapuntística que existe entre ciencia y tecnología me permitiré reseñar algunas situaciones que pertenecen a la historia del conocimiento científico.

Galileo –por tantas razones ilustre– recurrió a la óptica geométrica para inventar el anteojo astronómico. El objetivo fue inventar un instrumento inexistente para poder observar los astros con más detalle. Podría decirse que Galileo hizo la contribución tecnológica que necesitaba para servir a su inquietud científica pura.

El ejemplo muestra cómo el interés científico motiva el desarrollo tecnológico y éste opera para servir a la ciencia.

Mucho tiempo después, en otro campo disciplinario, el físico holandés **Einthoven** inventó el “galvanómetro de cuerda” para poder registrar las manifestaciones bioeléctricas asociadas a la actividad cardíaca. Su aporte tecnológico fue motivado porque no existía ningún instrumento con suficiente sensibilidad y rapidez de respuesta para poder registrar corrientes eléctricas como las originadas por la actividad del miocardio.

Su utilidad aplicativa fue tal que, hasta hace poco más de medio siglo, el electrocardiógrafo de Einthoven era el instrumento que se usaba para registrar clínicamente los electrocardiogramas. El aporte excedió mucho el avance instrumental y Einthoven se erigió en el fundador de una importantísima área de la medicina.

No deja de ser interesante reparar en cómo se acoplan e interactúan dialécticamente ciencia y tecnología. En estos ejemplos, el conocimiento científico fue precedido por un aporte tecnológico efectuado, naturalmente, sobre conocimiento científico precedente. Pero, a su vez, el aporte de la tecnología abrió un ancho cauce al desarrollo de la ciencia.

Mayor y más notable ilustración a la interacción dialéctica entre diferentes tipos de conocimiento lo da el invento de Newton (compartido en la gloria con Leibniz) de lo que después fue el cálculo infinitesimal.

Newton no tenía lenguaje idóneo para la formulación y expresión operativa de sus ideas físicas. La potencia indoblegable de su genio lo impulsó a inventar un procedimiento de cálculo que no existía: el cálculo de “fluxiones” (ahora, infinitesimal). No se preocupó por rigORIZAR sus ideas matemáticas. Lo hicieron otros después. Su interés primordial era usarlo como herramienta para operar. Es decir, Newton generó conocimiento tan básico y fundamental –de naturaleza matemática– para aplicarlo urgentemente a la expresión de sus ideas físicas.

Otro ejemplo –con sentido parecido pero con menos notoriedad– lo aportó el matemático estadístico **R. A. Fisher** que fue incorporado a la estación agronómica experimental de Rothamsted, en Inglaterra, para desarrollar técnicas idóneas para servir a la investigación aplicada de aquella estación agronómica. La urgencia de la investigación práctica y aplicada no sólo fue satisfecha sino que para lograrlo, Fisher contribuyó notablemente al desarrollo de la estadística matemática elaborando conocimiento teórico y métodos estadísticos que han servido de base a las ciencias experimentales y, asimismo, a las basadas en la observación.

Freud, con su elaboración del psicoanálisis junta, en una gran construcción científica, la originalidad del método para conocer, el conocimiento teórico extraído mediante la aplicación de la técnica y su utilidad terapéutica.

Einstein fue más afortunado que Newton pues se encontró casi recién hecho – por los italianos Ricci y Levi - Civita – el instrumental matemático que necesitaba. La matemática pura se volvió aplicable aunque sus autores no sospechaban tan trascendente aplicación.

Estas ilustraciones de naturaleza histórica, sirven para mostrar cuán dialécticas y estrechas son – y seguirán siendo – las relaciones entre ciencia pura y aplicada.

No es necesario decir que todo el progreso tecnológico no existe sin base científica. Por eso es que el **ejercicio taxonómico** de los administradores del saber podrá ser útil para su tarea pero el conocimiento y su creación nacen libremente, al margen de esa taxonomía.

Sobre la reflexión, el método y el aprendizaje científico

La operación inicial primera, desencadenante de la creación científica es la **reflexión**. Reflexionar es considerar nueva y detenidamente una cosa. El prefijo **re** significa repetición. Está muy ligado al pensamiento y al quehacer científico. Repárese en la sinonimia de la palabra investigación en las lenguas inglesa, francesa e italiana. Todas se inician con aquel prefijo: **research**, **recherche** y **ricerca**. Las terminaciones difieren, aunque todas significan **búsqueda**. En la ciencia la reiteración tanto de la búsqueda como de la reflexión son imprescindibles.

Al hacer este comentario no puedo omitir los consejos operativos que daba Don Bernardo Houssay – primer Premio Nobel latinoamericano de ciencias (fisiología y medicina) – a sus jóvenes colaboradores: “*Primero hay que pensar; después, hay que leer; luego, hay que volver a pensar; después hay que trabajar...*”.

Frecuentemente, cuando se piensa en la imposibilidad de crear conocimiento científico en nuestro medio se omite reparar en que si bien en grandes laboratorios dotados del instrumental más moderno y con amplios recursos financieros se realiza importante labor científica, **la cuestión siempre empieza por la reflexión y las ideas**, sin las cuales no es posible la creación de conocimiento.

Aunque recursos (laboratorios, instrumentos y dinero) son necesarios, el primer recurso de toda creación científica es el investigador y sus ideas.

Conuerdo con Pérez Tamayo en que **el método científico no es una simple receta**, pero es necesario organizar lógicamente y operativamente los pasos sucesivos del impulso creativo para

programar y ordenar el trabajo y llegar a buen puerto. No importa que con modestas embarcaciones sólo se llegue a puertos de cabotaje sin pretender viajes de ultramar. Lo que verdaderamente importa y debemos valorarlo – entre nosotros, latinoamericanos – es navegar. Sin disposición a navegar, no habrá aventura del conocimiento.

La experiencia enseña que cuando la reflexión científica intenta formular la hipótesis que ordenará la búsqueda, es lícita la audacia. Pero también es la experiencia quien mandata que, a la hora de verificarla, hay que ser riguroso y verdaderamente severo.

Los métodos estadísticos son árbitros necesarios de las investigaciones basadas tanto en la observación como en la experimentación.

Siempre hay tiempo para reflexionar acerca de por qué las cosas no son tal como se había supuesto hipotéticamente. En todo caso, la reflexión no deberá alimentar el desánimo sino el emprendimiento de nuevo trabajo.

Es muy obvio que leyendo manuales de metodología científica o asistiendo a conferencias ilustrativas que no están íntimamente acopladas con la realización de un modesto trabajo de investigación, no se forman investigadores.

La investigación tiene por objetivo incrementar el conocimiento científico y su práctica requiere no sólo advertencias metodológicas sino el mismo ejercicio del quehacer. Como en todas las actividades prácticas, quienes las hacen se van formando como cultores cada vez más experimentados y diestros.

Está fuera de discusión, pues, que **a investigar se aprende investigando**. Otras reflexiones sobre las modalidades de aprendizaje nos han hecho decir que en un ámbito científico, el joven que allí se aloja aprende “osmóticamente”, es decir, se va impregnando continua y naturalmente –de un modo muchas veces imperceptible– de un oficio que es el de investigador. ¿Acaso no es propio de un oficio (intelectual pero también, muchas veces, manual) ocuparse cotidianamente de trabajar poseyendo una dotación idónea de habilidades?.

La investigación experimental se hace en laboratorios. Etimológicamente los **laboratorios** son lugares de trabajo y las **oficinas** donde moran quienes realizan otro tipo de trabajo científico reconocen, en su etimología latina, la expresión: **taller**.

Generación de pensamiento científico

Si se reconoce la importancia de la ciencia como entidad impulsora del progreso – con severas salvedades que **pueden y deben hacerse** en relación con algunos de sus usos – debería ser muy tenido en cuenta por las universidades en sus actividades educacionales, para generar pensamiento científico en los estudiantes que en ellas se educan.

En la gran mayoría de las universidades la enseñanza es **discursiva e informativa**. El estudiante aprueba exámenes y controles si asimila lo enseñado y es capaz de repetirlo, mucho más que de aplicarlo.

Aunque no sea ése el objetivo, la docencia se vuelve **dogmática, autoritaria y repetitiva**. Estos tres atributos están en las antípodas de lo que caracteriza a la ciencia.

Es preciso estimular en el estudiante el desarrollo de su pensamiento. No se pretende formar un investigador de cada estudiante, pero sí es posible que los estudiantes – en grupos pequeños – hagan el ejercicio de plantearse un problema con el objetivo de conocer y avanzar en la concreción de los pasos metódicos para verificar o rechazar las hipótesis que pudieran plantearse. Dichos proyectos deberían gestarse sobre la base de iniciativas de los propios estudiantes, apoyadas por un tutor.

Tras la discusión colectiva del problema surgirán hipótesis que para probarlas (o rechazarlas) será necesario efectuar tareas científicas de muy diversos tipos, según la naturaleza del problema y las características del proyecto elaborado y las hipótesis a contrastar.

Si de la actividad resultan conclusiones validadas será un ejercicio muy útil someterlas a la consideración de sus pares y discutirlos con actitud científica.

El ejercicio de pensar y operar científicamente, no sólo es importante en sí, sino que va construyendo mediante la práctica una actitud ante el conocimiento y su génesis. No cede ante el

paso del tiempo, en tanto la información caduca cada vez más rápidamente. Es muy deseable que el egresado conserve esa actitud crítica para juzgar los avances que la actividad científica propone cotidianamente.

Ciencia e identidad nacional

Al inicio de esta cuestión procede la pregunta: ¿qué significado le damos a la expresión **identidad nacional** y cuál es el alcance del calificativo?

Más allá del hecho de no estar regidos por un mismo gobierno ni circunscritos a límites territoriales, traspasando fronteras y atendiendo a la conformación étnica de nuestros pueblos, al hecho de que **hablamos el mismo idioma**, tenemos muchas **tradiciones comunes** y además, **los mismos sufrimientos**, acordaremos que existen razones más que válidas para percibir la existencia de una **identidad latinoamericana**. Se ha acreditado –sin duda, pese a razonables cuestionamientos– la palabra “latín” para referirse impropia y pluralmente a una etnia plural y mestizada.

Los diferentes orígenes: **autóctonos** –siempre tan maltratados–; **colonizadores ibéricos** que invadieron y legaron sus idiomas y otras cosas más; **inmigrantes** que buscaban trabajo y paz; **africanos** que inhumanamente fueron traídos como esclavos, no son obstáculo para que podamos sentirnos aspirando a la unidad en medio de la diversidad y apuntemos hacia una plena construcción de la identidad.

La complejidad no afecta sino acentúa los rasgos esenciales que nos son comunes. Hemos superado la condición colonial; sin embargo, compartimos sin tregua la dominación económica imperial; seguimos sufriendo hambre y miseria, explotación inicua y subdesarrollo económico y cultural.

Pérez Tamayo habla claramente acerca de que *“la historia de los últimos dos siglos nos enseña que la ventaja obtenida por los países del primer mundo (que se transformaron merced a la ciencia) fue aprovechada, en gran parte, para colonizar y explotar las naciones subdesarrolladas”*.

Tal vez por eso en nuestra conciencia subsiste la preocupación por defender y preservar lo nuestro y alienta el ideal compartido por la construcción de una enorme comunidad plenamente liberada en la que campeen –a la par– la justicia y la libertad.

Es la pretensión de construir y dignificar esa gran nación la que nos lleva a preguntarnos: ¿qué pueden hacer las universidades y los científicos para aportar una contribución significativa de cultura y ciencia que impulse en el mismo sentido de aquel ideal superior? Es decir, conscientes de todo –incluso de la relativa lentitud de los procesos históricos– cómo transformar el ideal en realidades nuevas y tangibles.

Pérez Tamayo da al respecto un parecer bien definido y comprometido al expresar que *“es preciso luchar por desprenderse del colonialismo intelectual que representa la forma de dependencia más profunda, más esclavizante y más destructiva de la identidad nacional de un país”*.

Piensa, además, que *“la función más importante de la ciencia es contribuir a reforzar la identidad nacional de los pueblos que la cultivan”*.

Si repasamos brevemente las contribuciones de la ciencia a la sociedad reconocemos –con una perspectiva histórica– una contribución **liberadora**, en relación con el dogma autoritario, los antiguos mitos tradicionales y los prejuicios.

Asimismo –ciencia y tecnología– han aportado una contribución **transformadora** vinculada al desarrollo y a la modernización de los países y a su nivel de vida. Como reconoce Pérez Tamayo, es un rasgo democratizador del mundo contemporáneo el libre acceso y la participación de las masas en lo que anteriormente era exclusividad de pocos.

Por mi parte, agregaría que la ciencia aporta –a través de las ciencias sociales– un instrumento para que la sociedad pueda **conocerse a sí misma**, para *“identificarnos de acuerdo con nuestra peculiaridad”* –citando palabras de Leopoldo Zea– puesto que la identidad nacional no puede ser reconocida y plenamente valorada cuando se ignoran sus rasgos propios. Pienso que aclarar este significado contribuiría a atenuar la predisposición negativa de Pérez Tamayo respecto al discurso político que enfatiza sobre “la solución de los problemas nacionales”.

Coincido con Pérez Tamayo en que la ciencia debe contribuir a **luchar contra la dependencia**, que es destructiva de la identidad nacional a la que la ciencia debe reafirmar.

Es preciso reconocer, sin embargo y con doloroso realismo, que los aportes de la ciencia y el conocimiento han sido **ortogonales, no correlacionados, respecto del progreso moral de la humanidad**, siempre tan postergado. Las lacras son refractarias al progreso científico.

En ello los científicos han tenido, también, su cuota de responsabilidad e inconciencia.

Las universidades latinoamericanas y la identidad nacional

Hace casi un siglo que la universidad latinoamericana tomó conciencia plena en el sentido de que debería **servir a la sociedad** y **“crear cultura nacional”**.

Corresponde reflexionar sobre **la contribución de nuestras universidades** al progreso y avance del desarrollo social y a la creación de nuestra propia identidad.

Desde la época de la **“reforma universitaria”** (Córdoba, 1918) y años siguientes, fue postulada la necesidad de que las universidades contribuyeran a la **creación de “cultura nacional”**.

La expresión “cultura nacional” ha sido muchas veces malentendida, como si se tratara de la creación de algo opuesto a la cultura universal. Se dice: la cultura es una sola y universal. Sin embargo, interpretando aquella expresión en el sentido de que debe existir una preocupación por el estudio de lo que son nuestros problemas, aquella aspiración de la “Reforma” tiene otro alcance. Revela cuán antiguamente fue advertida la necesidad de que las universidades no fueran sólo centros de instrucción profesional y meras reflectoras de la cultura universal –como lo eran entonces, casi exclusivamente– sino **ámbitos de creación de conocimiento y, por ende, de cultura**.

¿Qué significa hoy –a 90 años de Córdoba– crear cultura nacional? Es preciso evitar las confusiones. Sigue siendo comprensible y cada vez más válido que la problemática particular de nuestras sociedades sea obligación de las universidades abordarla con método científico. Por mucho tiempo, nuestras cosas quedaron a merced del estudio de científicos extranjeros. A veces auténticamente motivados por las peculiaridades nuestras, pero otras veces por el interés de conocernos mejor –en todo sentido– lo que incluye, también, para explotarnos mejor.

Es mediante el estudio científico –y necesariamente multidisciplinario– de nuestras realidades que las universidades harán aportes culturales de pronta comprensión y disponibilidad para uso de la nación.

La concepción latinoamericana de universidad y la identidad nacional

Entendiendo con perspectiva ensanchada nuestra nacionalidad, corresponde reconocer que la concepción de universidad –gestada con la **“reforma”** (Córdoba, 1918)– y su propagación a todas las metrópolis universitarias de América Latina, constituye un aporte sociocultural muy fuerte y significativo a la existencia de una identidad que trasciende fronteras de territorialidad política.

El ideario de todos los héroes de la gesta independentista contra la dominación colonial siempre concibió una patria integrada mucho mayor que las realidades fragmentadas que deparó el devenir histórico.

A principios del siglo pasado los estudiantes latinoamericanos sustentaron –de hecho– una **concepción de universidad** que fue demostrativa de la existencia y vigencia –por encima de fronteras– de una identidad ideológica común que nos caracteriza y diferencia. Las universidades fundadas durante la colonia se transformaron –recién al cabo de un siglo de independencia– en **universidades nacionales**.

Examinemos la situación actual del continente y de la contribución de nuestras universidades a la definición del rumbo de nuestros países. Atendamos, asimismo, al hecho de que no se percibe una conciencia compartida y actualizada respecto a la incidencia real que tienen las universidades en la gestación de la cultura –pese al vigor indiscutible de nuestra intelectualidad– y entonces cabe preguntarse:

¿Qué ha quedado –al cabo de medio siglo– de aquella **concepción identificatoria y compartida** de

universidad en América Latina?

¿Es que ha perdido vigencia? ¿Ha sido sustituida por otra, mucho más adecuada al tiempo que vivimos, o se ha extinguido tácitamente sin reemplazo?

¿Es el prestigio del modelo norteamericano –sin reconocimientos explícitos– lo que impacta simplemente por su eficiencia y éxito productivo?

Dice con crudeza Pérez Tamayo “*la ofensiva de Estados Unidos en contra de América Latina no es sólo política, también ha sido y sigue siendo principalmente cultural*”.

¿Es que el neoliberalismo tan infiltrante –aún subconscientemente– ha clausurado la idea de una universidad latinoamericana al servicio del pueblo?

¿Es que los universitarios disocian su pensamiento político - social personal –en tanto ciudadanos– de su quehacer cotidiano de investigadores científicos y docentes universitarios, declinando sus responsabilidades institucionales?

¿Es que desapareció el intercambio reflexivo –tan propio como vital– que se daba en las reuniones y asambleas de los claustros universitarios?

¿Es que la despreocupación o la inoperancia han terminado por aletargar nuestra conciencia y nuestra responsabilidad colectiva?

¿Es que la militancia estudiantil no genera en los jóvenes –como antaño– una toma de conciencia acerca de nuestra identidad y sobre sus propios deberes para con la sociedad y sus problemas fundamentales?

¿Será ello porque –en tantos lugares– la militancia universitaria de los jóvenes no es sino la forma subsidiaria de cumplir –en el seno de la universidad– sólo un servicio de presencia, control y fidelidad a su partido político y sus designios partidarios?

Las interrogantes que acaban de formularse evidencian incertidumbres generadoras de angustia, pero también constituyen un desafío.

En efecto, experimento con ansiedad la sensación de que estamos dejando extinguir la idea latinoamericana de universidad que sin duda fue una contribuyente significativa de nuestra identidad nacional.

Personalmente pienso que la construcción de esa identidad nacional y ensanchada es un proceso continuo y permanente.

No será fácil concretarla sin lucidez y trabajo. Constituye para todos –en cada universidad y en cada comarca– **un desafío**.

La angustia cede al optimismo cuando se generan acuerdos y una disposición anímica autocrítica, necesaria para construir. Desearíamos que la conciencia en el retraso y la deuda para con la sociedad aceleren la resolución de dar la respuesta necesaria.

No puedo concebir a **nuestra universidad latinoamericana** sino como una institución de la educación, la ciencia y la cultura que no puede ser neutra ante el progreso de la sociedad que la contiene y la engendró.

Por su naturaleza, historia e inevitable significado, la universidad latinoamericana debe renovar su conciencia en relación a su compromiso moral y su responsabilidad constructiva comprometida con la gestación de una identidad de nuestros pueblos que sea reconocible como más sana, más libre y más fraternalmente justa.

BIBLIOGRAFÍA

Pérez Tamayo, Ruy. (1991). “Ciencia, conocimiento e identidad nacional”. *Reencuentro. Análisis de problemas universitarios*, México: uam-x, 3:6-11.